

**ENCUENTRO CON LA POESIA  
EN VILAFRANCA DEL BIERZO**

Por José Montero Padilla

MP 8923

*El 21 de junio de 1981, Villafranca del Bierzo celebró su "XVI Fiesta de la Poesía", institución que, año tras año, hace más profundas sus raíces en el ámbito y en la sensibilidad bercianos, y más extensas y florales sus ramas —sus alcances, su proyección—, suscitando un interés y una atención que sobrepasan, con mucho, el espacio provincial.*

*En esta decimosexta versión de la "Fiesta", actuó como "mantenedor" el Ilmo. Sr. D. José Montero Padilla, Delegado del Ministerio de Cultura en nuestra provincia, escritor y profesor. La belleza y profunda significación leonesista y berciana de su discurso, son motivo más que suficiente para que TIERRAS DE LEÓN haya querido acogerlo a título de "acta memorable" de tan alta y entrañable ocasión. En su textualidad íntegra, enriquece las páginas que siguen.*

Muchas veces, al venir a Villafranca del Bierzo —lo que hago siempre que puedo y menos de lo que anhela mi desco—, al venir a Villafranca, digo, y reencontrarme con el milagro de su luz dulce y tímida, de sus verdes jugosos, de sus valles con ternura, de su silencio, de sus horas sosegadas, de sus amaneceres intactos y con música de pájaros y de campanas, y hallar también y paralelamente, la mano acogedoramente tendida y el señorío de sus habitantes, entonces, he pensado, pienso, que Villafranca del Bierzo posee un misterio, un secreto, pero secreto abierto a todos los que de veras quieran conocerlo y gustarlo, porque ella puede decir y nos advierte, con los versos del Romancero:

“Yo no digo mi canción  
sino a quien conmigo va.”

Ese además vuestro acogedor —generosamente acogedor— es el que me ha convocado y me concede la honra de ser el Mantenedor de esta XVI Fiesta de la Poesía. Llego, pues, en esta ocasión, a Villafranca por un doble camino: el de la poesía (porque a Villafranca se llega siempre a través de la poesía) y el de la amistad, el de vuestra amistad. ¿Recordáis el poema de Jorge Guillén, titulado *Los amigos*? Su verso inicial asevera:

“Amigos. Nadie más. El resto es selva”

Al valor de la amistad se refería, en pleno siglo XVIII, un insigne villafranquino, el P. Sarmiento, en un sugestivo texto de carácter autobiográfico en el que efectuaba las siguientes consideraciones:

“El mayor peligro de la tranquilidad humana es decir lo que piensa; decir lo contrario de lo que se piensa es ignominia de la racionalidad y de la sociedad humana. Pues, ¿qué remedio? El que yo he escogido. El vivir retirado en un rincón; abstenerme de todo comercio mundano, político, literario y epistolar; y vivir sólo para Dios, para mí y *para los amigos*”, concluye.

Y el poema, original de Juan Carlos Mestre, que ha obtenido el Premio Nacional de esta Fiesta de la Poesía, es, asimismo, un homenaje y un recuerdo de amistad, al poeta villafranquino Gilberto Ursinos:

“Porque hoy es mayo para ti, mi doliente  
amigo del silencio,  
.....”

Desde vuestra amistad y por vuestra amistad generosa, que me conforta y me reconforta, y porque amor sólo con amor se paga, quiero decir, proclamar, esta mañana, con los versos del poeta Antonio Gamoneda, villafranquino adoptivo, que

“Mi corazón, otra vez,  
.....  
contempla el mundo y lo ve  
claro, berciano y fraterno.”

Y he aquí, un año más —dieciséis ya— la Fiesta de la Poesía, en este día en que la primavera —lejano ya el telegrama con que nos la anunciaron los ruiñeños— se ha hecho tránsito hacia los fuegos y ardores del estío. Ya hemos escuchado al poeta premiado, Juan Carlos Mestre; y a los poetas seleccionados para el “Encuentro de poesía berciana”: María Teresa Magdaleno Menéndez, Amalio Fernández García, María Gloria López Rodríguez y Elena Castro Losada. Ellos son el eje y el motivo de esta Fiesta, ellos nos congregan y a ellos se dirige el homenaje de cuantos aquí nos encontramos, de Villafranca entera, que una de las virtudes de esta Fiesta por tantos motivos singular es la de reunir —y unir— a un pueblo entero, a un pueblo, o sea, con la sabia e integradora definición del Rey Alfonso X “el ayuntamiento —o unión— de los mayores et de los menores”, la unión —como debe ser— de todos. Porque un aliento e impulso colectivos convoca y mantiene la Fiesta de la Poesía de Villafranca del Bierzo.

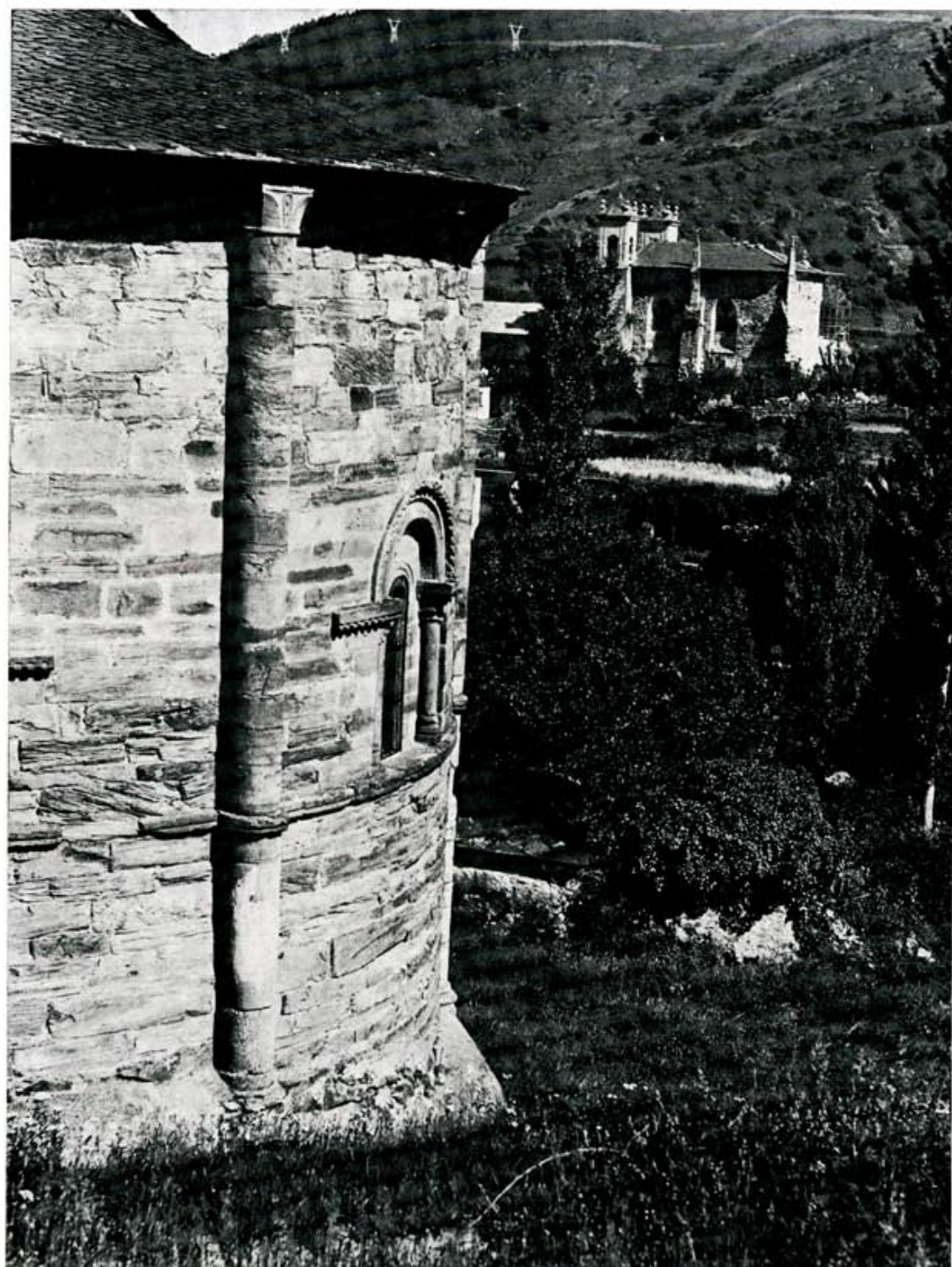
Me he referido antes, apenas iniciadas estas palabras, al secreto de Villafranca. Porque Villafranca, al igual que la poesía, que toda poesía, es un misterio. Podemos, sí, acercarnos a ella, asediarla, espiarla, enumerar sus elementos componentes y caracterizadores, elementos que conforman y definen, sí, un paisaje, pero que son matizados por el vuelo del espíritu.

Y Villafranca es música, música de pájaros (aquí, como en el verso de Guillén, podemos decir, “Todo en el aire es pájaro”) y música de campanas conventuales. Y es sus ríos, Burbia y Valcarce, como dos ágiles versos de agua, ya elogiados, hace muchos siglos, por un andarín y regocijado clérigo francés, Aymerico Picaud, a quien pertenecen las palabras siguientes: “Los ríos que se consideran dulces y buenos para beber se llaman vulgarmente con estos nombres: (...) el Burbia, que corre por el puente de Villafranca; el Valcarce, que baja por su valle”. Y Villafranca es los montes, suaves montes en sombra, que la circundan; y sus valles, cantados por Dámaso Alonso en su poema inspirado por Villafranca y que lleva el título, precisamente, de “El valle”:

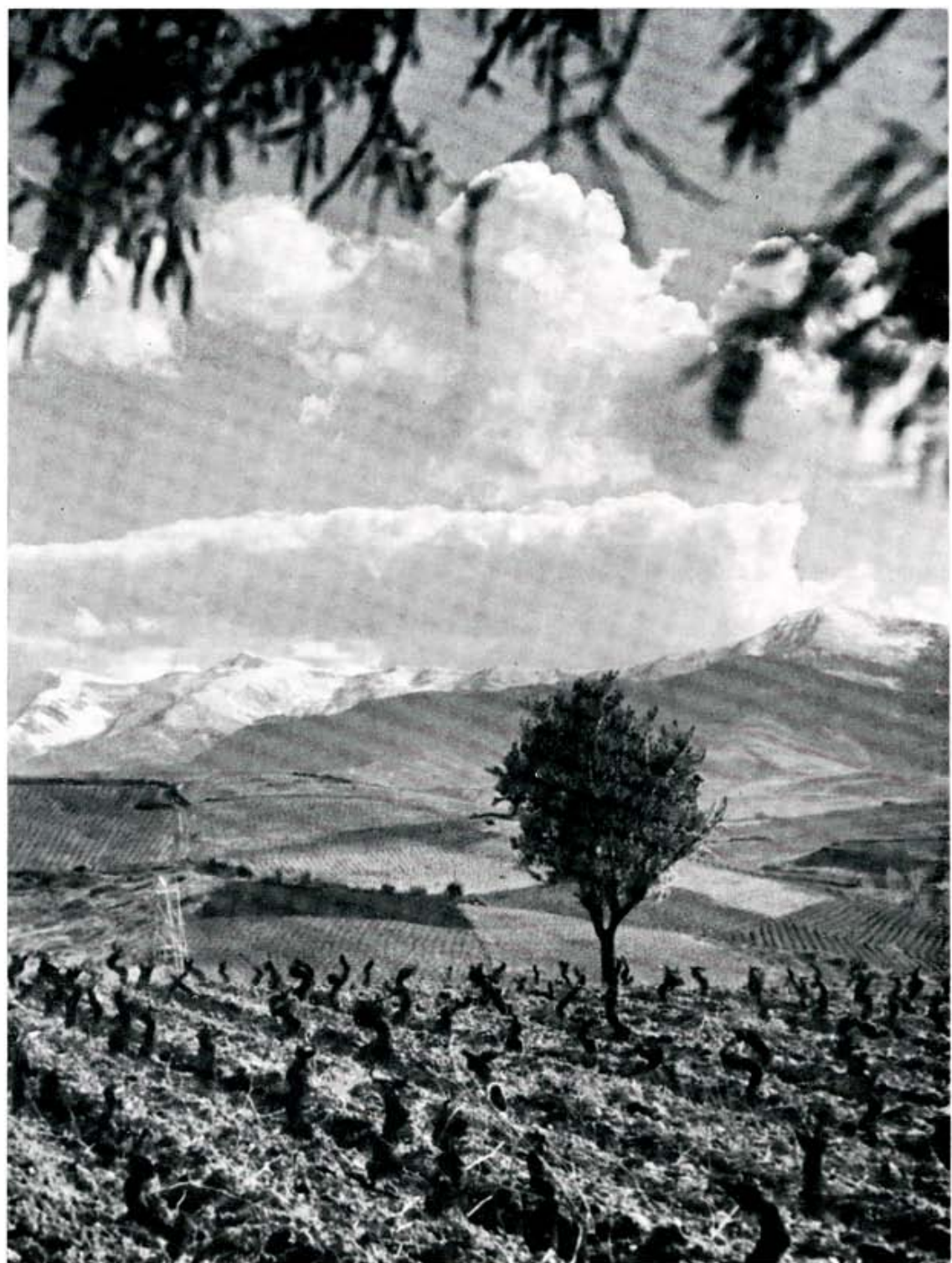
“Los valles miran siempre hacia la ternura  
inicial, hacia origen, hacia infancia  
de hombres o mundos. Contempláis un valle  
y el corazón se os llena de nostalgia,  
¿de qué, Señor?”

Villafranca es sus calles sosegadas, sus casas y casonas con nobleza, sus plazuelas para el descanso o para la meditación, sus rincones con sorpresa, sus iglesias y su palacio testigos de la historia, todo su patrimonio arquitectónico monumental y su conjunto histórico artístico, en fin, amenazados en ocasiones y que hemos de potenciar y defender de la incomprensión, del desconocimiento, de la codicia.

Y Villafranca es la jugosidad verde de sus jardines, de sus árboles —negrillos, cipreses, plátanos orientales...—, como en esta Alameda, escenografía singular para una Fiesta de la Poesía.



Villafranca del Bierzo: reciedumbre de la piedra.



Un horizonte villafranquino, pleno de sugerencia pictórica.

Todo ello nos dice que éste es lugar para detenerse, para quedarse, y nos permite comprender la justeza de tantos elogios tributados en muy diversas épocas, como los de un importante pero hoy casi olvidado periodista, Dionisio Pérez, cuando escribía: "Villafranca del Bierzo, delicioso paraíso", o "Todavía" —este *todavía* corresponde al año 1929— son Villafranca y su contorno un hermoso remanso, una Capua ignorada...".

Pero si intentásemos llegar —difícil empeño— a una síntesis caracterizadora de la villa, ¿cuáles serían los rasgos que destacaríamos?

La novelista Elena Quiroga, en un fino trabajo titulado "Un día de la vida de Villafranca del Bierzo", señalaba tres perfiles: austeridad —en el gris, por ejemplo, de los tejados de pizarra—, reciedumbre —en la piedra—, altivez —en las casas que se yerguen sobre las laderas de la montaña—.

Y si del carácter de sus habitantes se trata, Ramón Carnicer, en su Pregón de las Fiestas de Septiembre del año 1979, destacaba "La cortesía, la inteligencia y la curiosidad de los pobladores de Villafranca", hasta el extremo, indica asimismo Carnicer, de que "concluidas las fiestas y su ruido es muy recomendable quedarse en Villafranca para conversar sosegadamente, sea en el jardín, en la plaza, con quienes, de vuelta de los engaños de la vida urbana y sin finalidades más o menos utilitarias, saben extraer de lo cotidiano sus más significativas esencias".

Permítaseme ahora que añada otros tres rasgos, fundamentales, en mi opinión, de los villafranquinos y que se proyectan, en parte al menos, sobre la población entera: son lirismo, generosidad y melancolía. Ellos —insisto: lirismo, generosidad y melancolía— se funden y confunden hasta tal extremo con Villafranca —la tierra y sus habitantes— que no sólo definen un carácter, unas actitudes ante la vida, sino que adquieren categoría existencial.

La melancolía —tristeza contenida, pudorosa, tímida, sin desgarró, sabiamente madurada, no llanto sino lágrima furtiva—, la melancolía, digo, es una de las claves —la fundamental acaso— de la obra de Enrique Gil, quien, en su poema más conocido, proclamaba su amor a la violeta porque ésta era melancólica:

".....

Yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida,  
y era perdido y lúgubre mi amor,  
y en ti miré el emblema de mi vida  
y mi destino, solitaria flor."

A veces, la melancolía se resguarda tras una sonrisa y se hace humor (aunque la sonrisa no alcance a ocultar por completo el temblor de la lágrima) y, desde luego y siempre y ante todo serenidad. Como en estos versos, que me permito leer, del *Cancionero de Sagres*, de Antonio Pereira:

"Mi muerte no la sabré.  
Por qué habría de llorar  
la pena que no ha de ser.  
Por otras muertes vecinas  
pongo luto en el papel  
y en la corbata respeto.  
A mi muerte no estaré."

Y la generosidad —segundo de los rasgos que apuntaba—. Que está en la naturaleza del villafrantino. Cualidad ésta destacada ya, en el siglo XVII, por el clérigo Domenico Laffi, en sus relaciones de viajes por el Camino de Santiago.

Y el lirismo —actitud y manera de ser— se une, inseparablemente, a una Villafranca que es, toda ella, motivo lírico, poema concreto y poesía plena.

Pero, ¿qué es la Poesía?

A la hora de explicar —explicación harto difícil— qué cosa sea la poesía, antiguas tradiciones y viejos relatos han fundido el culto al Amor, a la Poesía y a la Mujer, como en profecía de la celebrísima rima becqueriana:

“¿Qué es poesía?”, dices, mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
¡Poesía... eres tú!

Lo cual, dicho sea de pasada, nos parece muy bien a los que, afortunadamente, seguimos creyendo en el —digámoslo en alemán para mayor claridad—, en el “*ewig-weibliche*” goethiano, en lo *eterno femenino*. Aunque ignoro, claro es, lo que estarán pensando al respecto, en estos momentos, María Teresa, María Gloria y Elena, que han dejado el encuentro de poesía berciana en un tanteo de tres a uno...

Versos los becquerianos que se proyectan sobre un delicioso poema —su título “Poesía eres tú”— de Jorge Guillén:

Ante el profesor (yo) la clase  
Compone su imán de doncellas.  
“Poesía... eres tú”. (Más ellas.)  
¡Ah, si su voz resucitase  
Para decirles esa frase,  
Que prendería a blonda y bruna  
Bajo un cono de luz de luna,  
Riel de temblor por un lago!  
Poesía... ¿Quién? (Bécquer mago:  
Todas nos sonrén.) ¡Ninguna!

Fue Juan Ramón Jiménez —de cuyo nacimiento conmemoramos el centenario— quien afirmó en cierta ocasión, con frase aparentemente paradójica pero de profundo sentido, que la poesía es “la expresión de lo inefable”; con otras palabras, la expresión de lo que no se puede “hablar”, de lo que no se puede decir...

Pero —cabe preguntarse— el poeta, al crear su obra, ¿expresa algo realmente nuevo? ¿Descubre algo que haya sido inédito hasta entonces?... Porque él lo que hace es desnudar los sentimientos de su alma, contar y cantar —gozos, llantos, ensueños, amarguras...— su personalísima circunstancia. En definitiva, hace verdadera la afirmación de Goethe: “toda la poesía debe ser poesía de ocasión”. Con otros términos: “poesía de circunstancias”. Mucho antes, nuestro Lope de Vega había demostrado, anticipadamente, en su creación lírica, la justeza y exactitud de las palabras del autor de *Fausto* que acabo de citar.

De ahí —la deducción es fácil— que a la pregunta, ahora, de —“qué es un poeta?” pueda



Casas erguidas sobre la ladera de la montaña.



La Calle del Agua y, en ella, la casa donde nació Enrique Gil y Carrasco.

contestarse diciendo, como hizo Wordsworth, que “un poeta no es sino un hombre que habla a otros hombres”. Mas —este es su don de inefabilidad—, él sabe dar expresión a nuestra alma, él logra que se convierta en exacta palabra lo que dentro de muchos seres tan sólo era temblor de pájaro herido. ¿Quién no habrá podido encontrarse a sí mismo en el poema ajeno? ¿Quién no podrá escuchar su propia voz en la voz de un poeta? En función de esta realidad precisamente adquieren su cabal significado las palabras de Gerhardt Hauptmann: “La creación poética consiste en dejar oír detrás de cada palabra la palabra esencial”.

Y es que —otra paradoja más— cuando la creación del poeta nace más entrañable, más rabiosamente unida a su íntima, personal anécdota, más alcanza, no obstante, una proyección y una trascendencia universales en el espacio y en el tiempo. “La poesía moderna —ha escrito Antonio Machado— viene siendo hasta nuestros días la historia del gran problema que al poeta plantean estos dos imperativos, en cierto modo contradictorios: esencialidad y temporalidad”. De ahí, también, que, tantas veces, apreciemos en la poesía no un descubrimiento de algo desconocido sino —insistamos en ello—, simplemente, esto: un encuentro con nosotros mismos, con nuestro yo más profundo y auténtico.

Y, como consecuencia asimismo de ello, la eterna juventud del poema lírico, el cual vive unido a la gracia perdurable de aquel instante, con sabor a eternidad, que el poeta quiso trasladar a sus versos.

Pero, siempre, la lucha con la palabra, con el “rebelde, mezquino idioma” (recordemos la confesión de Lamartine: la mejor poesía es aquella que no se escribe), para, al fin, triunfar y conseguir, una vez más, paradójicamente en apariencia, que el poema sea “expresión de lo inefable”, perfil exacto de un sueño roto.

Se nace poeta, se *es* poeta. A este respecto relataba don Miguel de Unamuno:

“Hace unos días y hallándome en Valladolid se habló de un joven médico y uno hubo de decir: “Además es poeta”.

“A lo que repliqué vivamente: “Además, no. No se es poeta *además*. Diga usted más bien que además es médico”.

Sí, se nace poeta, se *es* poeta. Jacinto Benavente cuenta, con punzante ironía, que “Un señorón adinerado, con esta osadía que da el dinero, preguntó a un poeta: “¿Es muy difícil ser poeta?”. Y el poeta le contestó: “O es muy fácil o es imposible”.

Afirmación que nos trae el recuerdo de una anécdota atribuida al poeta Eulogio Florentino Sanz. Fue éste un importante y significativo escritor romántico. Amigo entrañable de Enrique Gil y Carrasco, coincidió con él en Berlín y a él dedicó, en gran parte, su celeberrima *Epístola a Pedro*, recogida en todas las antologías de poesía española del siglo XIX, como los versos siguientes escritos junto al sepulcro, desaparecido para siempre, del autor de *El Señor de Bembibre*:

“¡Ay, sí, del ruiñeñor, de vida lleno,  
que, en atmósfera extraña sofocado,  
sobre extraña región cayó en el cieno!  
Cantor en el sepulcro desterrado,  
descansa en paz. ¡Adiós!... Y si a deshora  
un viajero del Sur pasa a tu lado,  
si al contemplar tu cruz, como yo ahora,  
con su idioma español el viajero  
te llama aquí tres veces y aquí llora,

digale el son del aura lastimero  
cuál en los brazos de tu cruz escueta  
peregrino del Sur lloré primero...  
¡Recibe con mi adiós tu *violeta!*”

Murió Eulogio Florentino Sanz en Madrid, en abril de 1881. Se han cumplido, pues, dentro del año actual, los cien de su fallecimiento, pero el aniversario está transcurriendo silenciosamente, sin un solo recuerdo para el escritor. Acaso sea éste el primero que se le tributa. Me agrada y me parece que posee un valor simbólico que ello suceda aquí, en Villafranca, la “patria chica” de Enrique Gil.

Según la anécdota a la que me refería, en una reunión cierto personaje interrogó, acaso con tono displicente, a Eulogio Florentino Sanz:

—“Y... los poetas, ¿para qué sirven?”.

—“Señor —replicó— para las mismas cosas que todos los demás hombres y, además, para hacer versos...”.

Recordábamos antes a Gustavo Adolfo Bécquer a propósito de la identidad Poesía=Mujer=Amor (“Poesía... eres tú”). El Amor, que, según creía y proclamaba Dante Alighieri, “muove il sole e l'altre stelle”.

Ese Amor que —como la Poesía— puede ser extremo, contradicción y capacidad máximas. Causa y sentido de nuestros actos.

Difícil, único, a veces ignorado y siempre maravilloso amor, motivo de felicidad sin comparanza, de dolor también, cuando es solamente recuerdo de un bien perdido, porque, con los versos del Marqués de Santillana en el siglo XV,

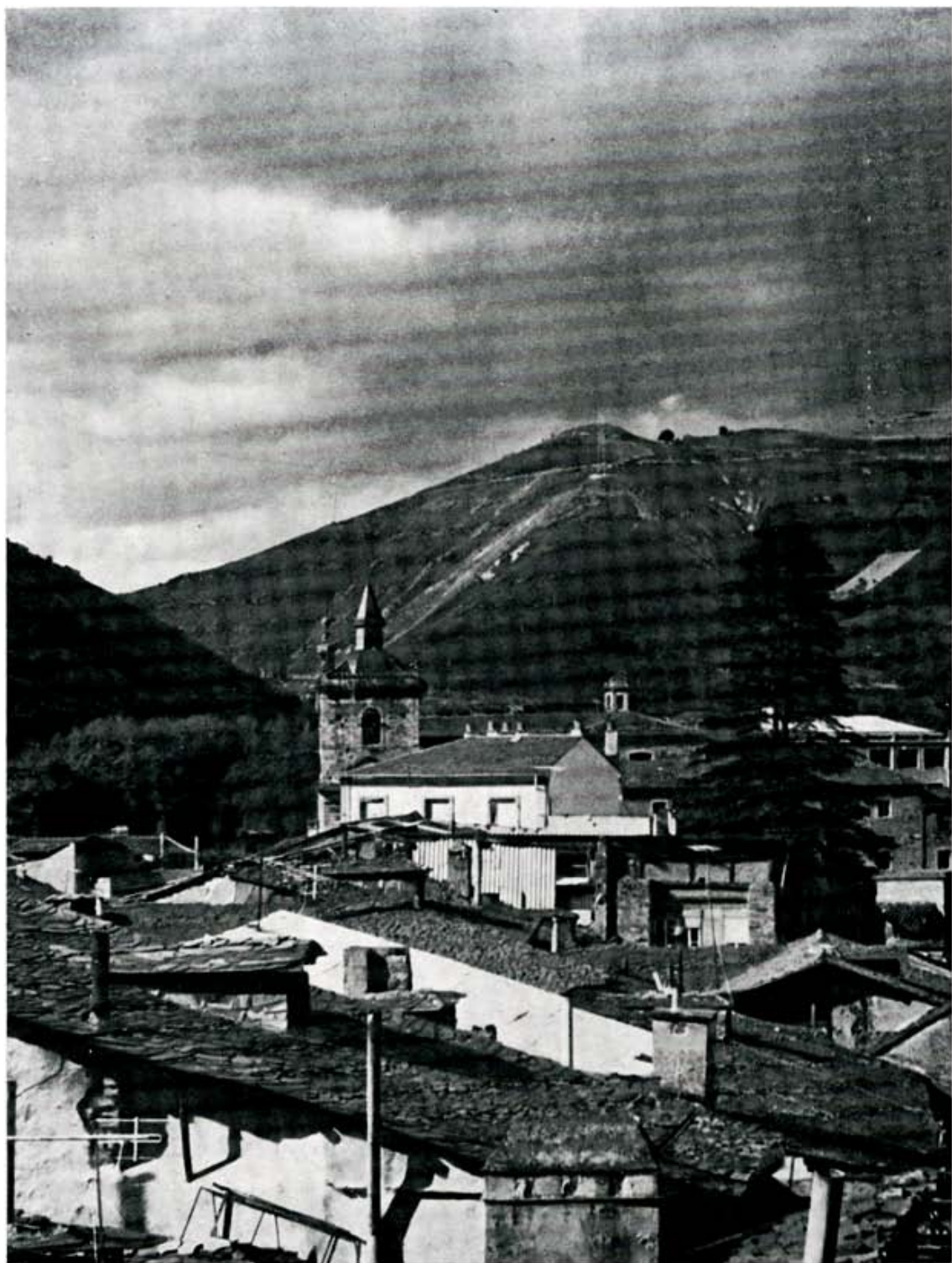
“La mayor cuita que haber  
puede ningún amador,  
es membrarse del placer  
en los días del dolor”.

Aunque otro poeta, de nuestro siglo, Pedro Salinas, reclame, en cambio, con razonamiento afectivamente fundado, la permanencia de esa pena que, en definitiva, es también amor:

“No quiero que te vayas,  
dolor, última forma de amar”.

Gama infinita y eterna del Amor, desde el que es motivo de congojas y desesperaciones (“Lloré y canté de Amor la saña ardiente”, declara Fernando de Herrera, nuestro poeta renacentista), hasta el que se nos muestra como promesa adolescente y nostalgia inconcreta, ternura de lágrimas, dulce herida, en versos de Juan Ramón Jiménez, versos de sugerencia musical, tras los cuales se adivina la orquesta de cuerda, el violín o el piano románticos, a Beethoven y a Chopin y a Schumann:

“Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba,  
bajo la mano blanca, en el piano de ella...  
en la estancia sin luz ella, mientras tocaba,  
morena de la luna, era tres veces bella.



Grisés, austeros tejados de pizarra.



El paisaje de Villafranca del Bierzo: el valle y, al fondo, las montañas.

Teníamos los dos desangradas las flores  
del corazón, y acaso llorábamos sin vernos...  
cada nota encendía una herida de amores.  
—...El dulce piano intentaba comprendernos—”.

El Amor, que, como creía Dante, mueve el sol y todas las estrellas, pero que sabe alcanzar, también, a todas las demás cosas. Porque si es tan poderoso que puede llegar hasta el sol, hasta las estrellas, a ser su razón de movimiento y de vida, será capaz, asimismo, de ennoblecer lo vulgar, de querer a lo humilde... De conseguir que todas las cosas, hasta las mínimas, se hagan y las sintamos entrañable y afectivamente nuestras, objeto y destino también de amor. La poesía española de nuestro siglo tiene uno de sus aspectos más sugestivos en la valoración que ha efectuado de temas o motivos aparentemente vulgares o apoéticos. (Recordemos, a este respecto, las consideraciones de Goethe: “Los estetas hablan mucho de asuntos poéticos y no poéticos, y, en cierto sentido, quizá no dejan de tener razón. Pero en el fondo no hay ningún objeto que no sea poético si el poeta sabe tratarlo adecuadamente”).

Permítaseme un ejemplo. ¿Acaso existe un motivo tan opuesto, en principio, a cualquier sugestión poética como un cubo de basura? A él van a parar, al término de cada jornada, los desechos, lo inútil, lo inservible, lo desagradable, lo que es resto y, sí, basura... Y, sin embargo, al cubo de la basura ha dedicado Rafael Morales este soneto:

“Tu curva humilde, forma silenciosa,  
le pone un triste anillo a la basura.  
En ti se hizo redonda la ternura,  
se hizo redonda, suave y dolorosa.

Cada cosa que encierras, cada cosa,  
tuvo esplendor, acaso hasta hermosura.  
Aquí de una naranja se aventura  
su delicada cinta leve y rosa.

Aquí de una manzana verde y fría  
un resto llora zumo delicado  
entre un polvo que nubla su agonía.

Oh, viejo cubo, sucio y resignado,  
desde tu corazón la pena envía  
el llanto de lo humilde y lo olvidado”.

Resulta fácil encuadrar este poema dentro de una actitud que representa, de modo máximo, en la literatura española del siglo XX, “Azorín”, y que se caracteriza —“primores de lo vulgar”— por la complacencia en los pequeños objetos, por la atención afectuosa hacia tantas y tantas cosas por las que nuestra mirada ha resbalado indiferente, día tras día, pero que en la prosa azoriniana se transforman y ennoblecen delicadamente. En otros escritores de la misma generación aparecerá, asimismo, esta valoración de lo mínimo, como en Pío Baroja que, en su popularísimo “Elogio sentimental del acordeón”, exclama: “¡Oh, la extraña poesía de las *cosas vulgares!*”...

¿Cómo no recordar, a este propósito, al Antonio Machado cantor de las moscas, de la noria, de la mula vieja?... Otros poetas podrán acercarse, en sus versos, a los zapatos, a una vieja chaqueta, a —como Antonio Pereira— la mesa sobre la que escriben:

“Si yo supiera lo que vive dentro  
de esta mesa de tabla donde escribo...  
Si yo supiera si una mesa muere  
cuando deja su amo de estar vivo...”.

Proceso “rehumanizador” de la poesía, de una poesía que canta y cuenta la historia de un hombre, y que tanto debe al magisterio de don Miguel de Unamuno (“Aquí os dejo mi alma —libro,/ hombre—, mundo verdadero”). Un ejemplo próximo y profundamente significativo lo tenemos en la creación poética de nuestro Victoriano Crémer.

Proceso “rehumanizador”, en fin, cuya mayor trascendencia se halla en su reivindicación de la capacidad poética de todo lo existente. Este proceso, este afán que pretende una poesía toda humana, busca, a través de distinto camino, lo mismo que anhelaba Juan Ramón Jiménez —recordémosle nuevamente— en su obsesión por un mundo, por un universo todo poético.

Esta mañana, al abrir, de nuevo, mis sentidos y mi corazón a la luz y al paisaje de Villafranca, a sus horizontes (“horizontes de nostalgia”, nos ha dicho Amalio Fernández en su poema premiado), he escuchado, una vez más, la algarabía jubilosa del canto de los pájaros, como una promesa de permanencia (“y yo me iré y se quedarán los pájaros cantando...”) y de esperanza —“la sola verdad que el hombre inventa”, según Leopoldo Panero—, para esta Fiesta de la Poesía que ha de continuar año tras año.

Y a la música de los pájaros se ha unido la de unas campanas conventuales. Con el mismo latido de hace siglos. Porque las campanas presiden y acompañan, con su sonido, la vida de Villafranca. Desaparecen los hombres; los edificios cambian, se transforman, son derribados; mueren todas las cosas, heridas por el transcurso inexorable del tiempo. Sólo permanece, inmutable, el sonido de las campanas. Es como si ellas mismas fuesen el tiempo y su medida. Risueñas y frágiles unas veces, como muchachas en primavera; suaves, solemnes, pausadas, cuando la ocasión lo requiere; arrebatadas o plácidas, fugaces pero eternas, perseveran, son lo único inalterable en la fugacidad de todo lo humano. En ellas se une el pasado con el presente y podemos intuir el futuro.

Las campanas dicen en Villafranca, para quien sabe escucharlas, la más hermosa sinfonía. Suenan, parecen temblar en el aire, se funden —mágico prodigio— con la luz, y, entonces, es como si todas las campanas hablaran en la luz, y ésta, a su vez, fuese también sonido, y —en la luz, en el aire— semejan iniciar un vuelo; y se alzan, más allá de los edificios, más allá, van hacia donde la arquitectura y la tierra desaparecen para transmutarse en cielo; más lejos, más alto, como un latido definitivamente eterno.